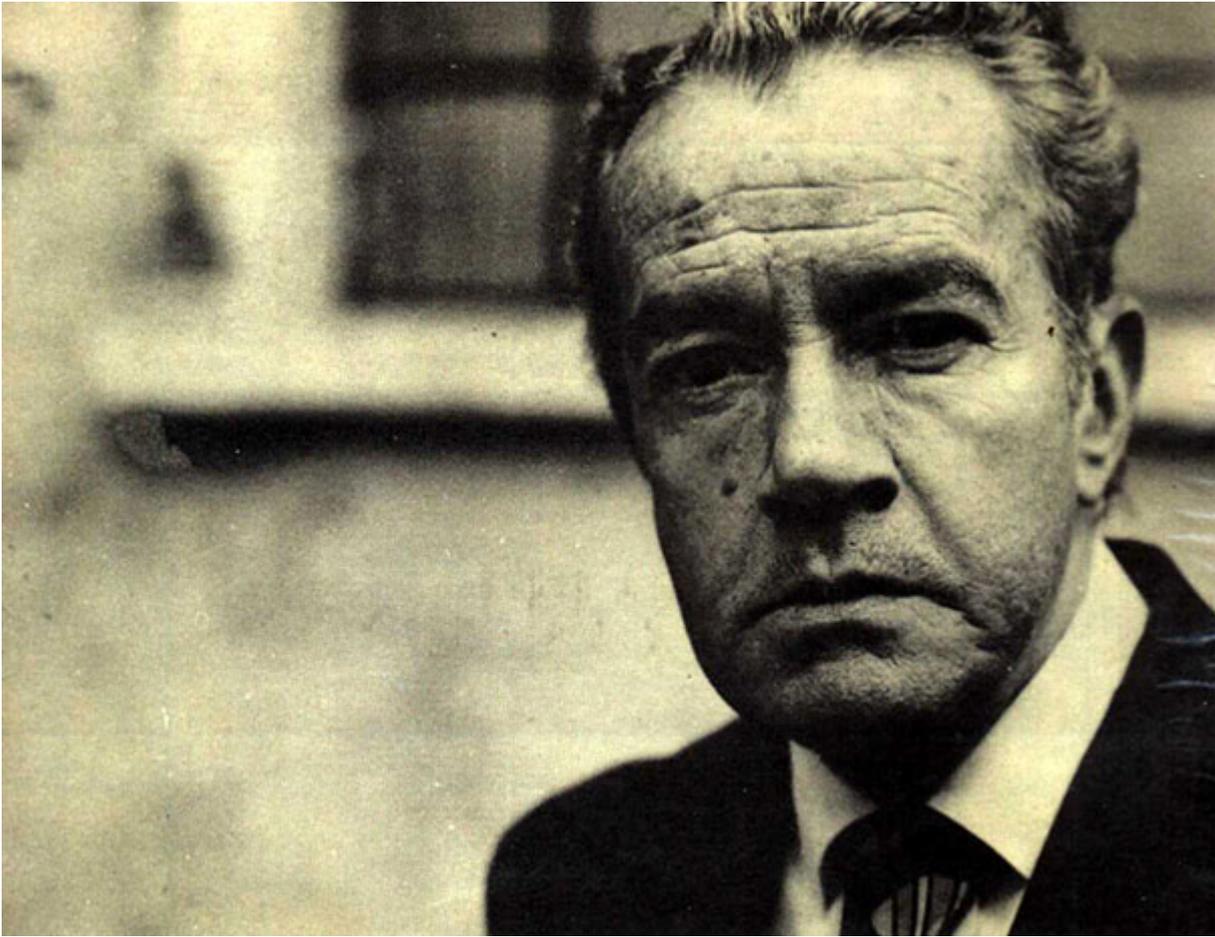


**35 años de la muerte de Juan
Rufo; 70 de “¡Diles que no
me maten!”**



El Beso de la Mujer Araña

Por Modesto Peralta Delgado

La Paz, Baja California Sur (BCS). En enero de este año se cumplió el 35 aniversario luctuoso de **Juan Rulfo**, y en agosto serán los 70 años de haberse publicado uno de sus primeros y monumentales relatos: ***¡Diles que no me maten!*** Esto es un buen pretexto para volver a leer a una de las más grandes figuras literarias de América Latina, y de paso, recordar por qué llamamos “clásicos” a ciertos nombres y obras que al paso del tiempo, desde la posteridad, nos estremecen y enseñan lo que es el verdadero genio artístico.

Juan Rulfo nació en Apulco, Jalisco en 1917 y murió en la Ciudad de México en 1986. Sin duda, su nombre se asocia a El llano en llamas (1953) y Pedro Páramo (1955), que forman

básicamente toda su obra: un conjunto de cuentos y una novela, pero en ellos está consumado todo lo que un escritor sueña lograr: temas y personajes que se convierten en un referente histórico y un estilo único que trasciende al punto de convertirse en una escuela.



También te podría interesar: [Enoc Leño, un cuentacuentos feliz. Entrevista con el gran actor comundéño.](#)

En su narrativa se pueden ‘ver’ los restos de **La Revolución Mexicana**: las ruinas, los silencios y los muertos habitando los desiertos. Sus relatos son cortos y narrados con tan extraordinaria sencillez –con la oralidad simple del campesino o el hacendado–, que resulta asombroso concebir todo lo que logra con pocas palabras. A través de los pasos de los personajes miramos el paisaje pelón y caluroso del campo o las casuchas que sobrevivieron a una guerra que, además, más que

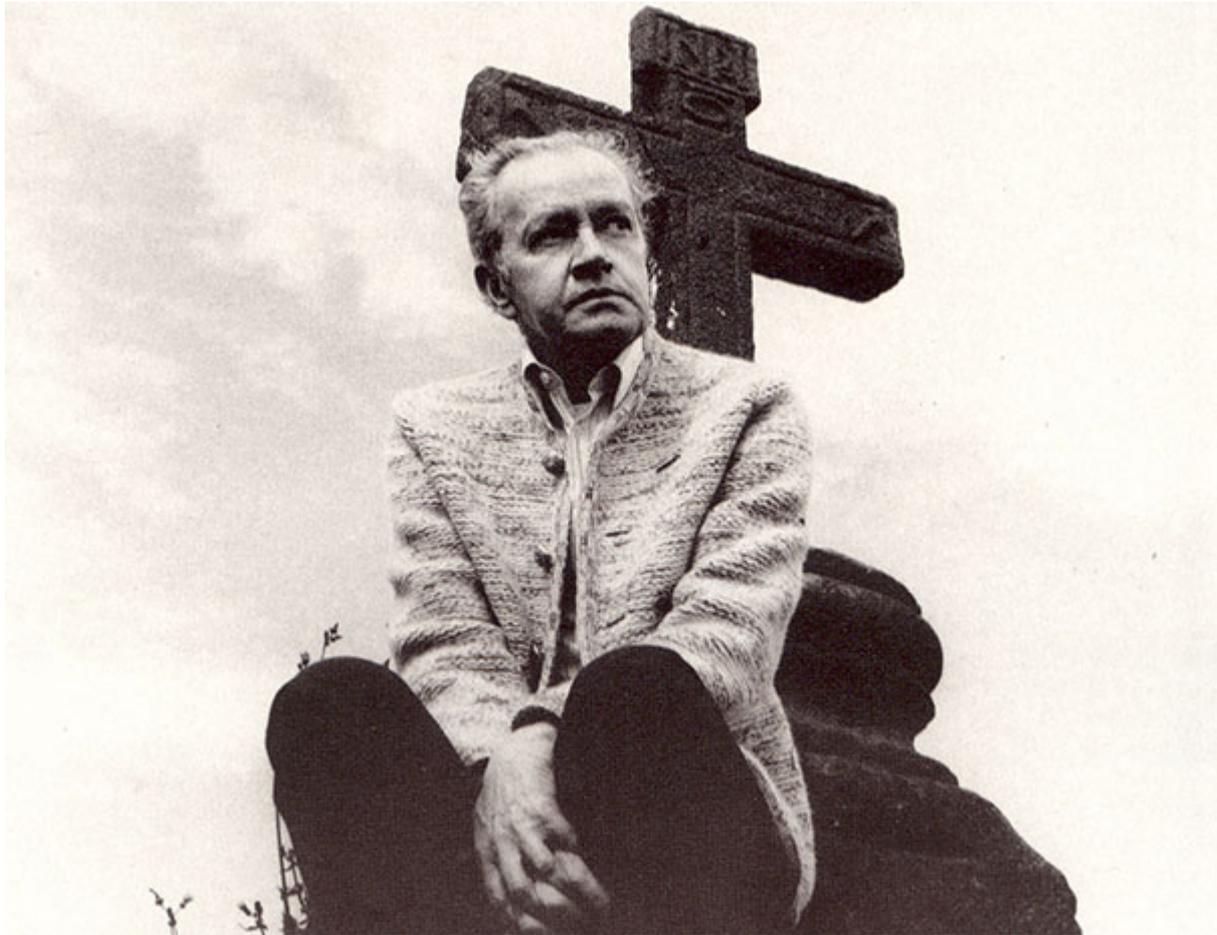
un triunfo revolucionario parece haber sido una masacre por nada. El drama de la desigualdad postrevolucionaria está perfectamente retratada.

La súplica inmortal

[Publicado en la revista América en 1951](#) –e integrado al libro *El llano en llamas*, publicado dos años después– ***iDiles que no me maten!*** puede considerarse uno de sus primeros pero más sólidos relatos. El cuento completo puedes leer de un tirón en [este enlace](#).

–iDiles que no me maten, Justino! Anda, vete a decirles eso. Que por caridad. Así diles. Diles que lo hagan por caridad, arranca el cuento en voz de *Justino Nava*, quien mató a machetazos a *Lupe Terreros*, un hacendado que no quería dejar que el ganado del primero entrara a alimentarse a sus tierras. 35 años después de este crimen, ocultándose de a ratos en la maleza del monte, el hombre creía haber escapado de la venganza, pero no es así: un sargento, hijo del asesinado, lo manda llamar para matarlo por la muerte de su padre.

De principio a fin, a siete décadas de publicado, la tensión dramática está perfectamente trazada como una lección maestra para cualquier escritor contemporáneo. Tenemos la intuición del final, pero el suspenso y la esperanza nos hace seguir leyendo la desventura de Juventino, quien le pide a su hijo que implore por su vida; más tarde, el vengador y el inculpatado ni siquiera se ven las caras, pues el sargento desde una pared de carrizos daba las órdenes. Ahí los imaginamos como dos personajes kafkianos: un viejo suplicando por su vida y un soldado que ni lo ve –ni estuvo presente en el crimen que motiva estos hechos– que lo destina al paredón de fusilamiento.



No tardarás, queridos lector y lectora, ni veinte minutos en leer este cuento, y recordar a uno de los más grandes de la literatura mexicana y uno de sus primeros portentos de la narrativa. **Juan Rulfo** escribió que no mataran a *Juventino*, pero sus letras ya lo han consagrado a la eternidad.

AVISO: CULCO BCS no se hace responsable de las opiniones de los colaboradores, esto es responsabilidad de cada autor; confiamos en sus argumentos y el tratamiento de la información, sin embargo, no necesariamente coinciden con los puntos de vista de esta revista digital.